
Memoria de la esperanza: redes de ternura y solidaridad,
Daniel Jover 195
Jaime Vilchis Reyes

Nos quieren más tontos. La escuela según la economía neoliberal,
Pilar Carrera Santafé y Eduardo Luque Guerrero 197
Ana del Pozo Palomo

Para una lectura radical de la Constitución de 1978,
Fernando Oliván 199
Arturo Luque González

El Tao de la liberación. Una ecología de la transformación,
Mark Hathaway y Leonardo Boff 201
Margarita Suárez

MEMORIA DE LA ESPERANZA: REDES DE TERNURA Y SOLIDARIDAD

Daniel Jover

Icaria & Milenrama, Barcelona, 2015

208 págs.

Lo bueno de los libros que hace Jover –solo “escribir” no se ajusta a su *pragmática de la ejemplaridad*– es que se leen rápido, no solo por su meridiana claridad sino porque los adoba con vivencias íntimas y muy líricas –por no decir tiernas– acuarelas.

Como dicen en México: “una de dos” o el autor de marras con este tercer libro cierra un ciclo memorialista, mejor, *memoralista* sobre la praxis de su esperanza social, o/y consolida un nuevo género literario que denominaríamos “relasolcinio”, acrónimo que sintetiza tres conceptos: relaciones personales, acción solidaria y raciocinio crítico. Todo un programa de superación crítica de la subjetividad individualista moderna que recorre la columna vertebral de su texto en capítulos sustantivos como «Mirada trasmutadora», «Pulverización del trabajo como factor de integración», «Belleza velo de la verdad», «Emprender un oficio», o «Un arte de vivir en la sobriedad feliz» en el que insiste en la educación integral y lenta para una vida eutrapélica –en muchos aspectos nos recuerda alegremente a la sociología intersubjetiva, conversacional, que propuso el insigne pensador Jesús Ibáñez en los años ochenta.

La constelación de creencias, sin tópico deslinde disciplinar, que Daniel pone en rotación en cada texto apuntalan una sola convicción, la de que el sistema capitalista global tiene alternativa. Y es en este tipo de convicciones tan totales que apostillamos que sería mejor enfrentar a ese monstruo totalitario del neoliberalismo financiero y tecno-digital con varias alternativas de diverso tamaño y razón social. Sobre todo porque, como pensaba Antonio Machado, para

poner de pie cualquier convicción hace falta mucho escepticismo.

Todas las cuñas que competen a la biografía del autor, aparte de literariamente más cuidadas, forjan sin pudor esa pragmática de la ejemplaridad de la que hablaba a principios del siglo XX en la revista *Leonardo* el escritor y filósofo Giovanni Papini y hoy, en nuestros pagos, Javier Gomá, donde si bien se insinúan ciertos pliegues de flaqueza y errancia, el héroe social siempre es rescatado por la praxis de esperanza y su coherencia crítica. Un tipo de persona cabal y de una sola pieza en estado de extinción...

El subtítulo de este “manual del nuevo emprendedor social” nos atrapó desde el principio por audaz. Esas redes de ternura, casi nos parecerían un oximorón, si no fuera por la cita pertinente de Martha Nussbaum (*¿Por qué el amor es tan importante para la justicia?*), y porque ahonda en la crítica a los masivos medios digitales de las nuevas tecnologías que, en cierne, conectan a los que están lejanos a la par que desconectan a los que están cercanos...

Así, entramos al meollo de la utopía o *eu-topía* que Jover nos viene proponiendo de vario modo. Otra causa humana (frustránea) con la que nos reconocemos compañeros de viaje con el grupo *Promocions* que lidera Daniel desde hace décadas. Con intuición inspirada, al final de su libro nos habla de su proyecto pedagógico de emprendimiento, ya no en términos de utopía sino, con más matices correctores, de *eu-topía*, como cultivo de esos “buenos lugares” que posibilitan una educación risueña y lúdica, donde se ponen en juego la libertad creativa, el discernimiento crítico y la acción solidaria y cooperativa. Porque de la mano de Leszek Kolakowski, convenimos que el concepto de “utopía” clásica –desde la que pergeñó Tomas Moro hasta las utopías socialistas, pasando por las ilustradas de Dom Deschamps, Cabet y la *Sinapia* ibérica– por su anhelo de perfección detallada y total, y por su implantación “quinquenal” de unanimidades y fraternida-

des sancionadas, ya no es, después del fracaso de los socialismos reales, una herramienta adecuada para cualquier clase de lucha social esperanzada. Para usar la palabra utopía, tal como propuso hace décadas el teólogo de la liberación Gustavo Gutiérrez, habría que hacerlo desde la idiocia de Karl Mannheim, como una “incongruencia” regulativa a la hora de criticar y superar desde luchas grupales cualquier *topos* ideológico.

Excepto una mención explícita al *Padrenuestro* cristiano que exhorta a perdonar las deudas, el autor en este libro es más contenido a la hora de glosar bíblicamente su humanismo cristiano. Por el contrario, con W. Benjamin, denuncia el capitalismo como religión, como una «experiencia de la totalidad» (p.155). Sin embargo, a pesar de apostar por un equidistante ecumenismo, incluso, ya casi para terminar, hablando de *interioridad, solidaridad y sobriedad*, abraza una especie de inmanencia mística, pero laica (citando a teólogos católicos). Echamos en falta, eso, un poco de sobriedad, un *alegro ma non troppo* a la hora de usar poderosas palabras como Naturaleza, Felicidad, Humanidad, Pueblo, Razón, Alternativa, Belleza, Sentido, Conciencia, Identidad, Ser..., como si el siglo más cruel y sanguinario de la historia, nuestro depredador siglo XX(I) las hubiese dejado intactas.

En su acertadísimo afán ecléctico cita tácitamente al humanista científico Ilya Prigogine. Dice en la página 52: «los diferentes planos de la realidad tienen *estructuras disipativas* y vínculos invisibles que solo se tornan evidencias en la historia, esa vieja certificadora de los hechos sociales. Nuestra condición humana está sometida a contradicciones y ambivalencias, por eso buscamos que la propia vida y la historia tengan sentido y nos libre de sus contradicciones aceptando la muerte como la más humilde de las verdades». Para nuestro gusto, no solo es el párrafo más profundo y bello del incombustible autor que reseñamos, sino que instila con escéptica lucidez el carácter frustráneo de la vida y sus inopinados (Jover diría

milagrosos) conatos de sobrevivencia esperanzada, no a pesar de la desesperación sino precisamente por ella. En esta clave habría que leer –aparte de su fina ironía de escritor– la pieza íntima sobre su tía Roseta en su impagable acápite *Liturgia de la buena muerte*, una valiente y concreta apuesta antiideológica por la eutanasia.

La cita de Adorno sobre el dolor nos conduce a un concepto político que, pese a sus decadencias, sigue siendo «la peor forma de gobierno que se conozca, con excepción de todo el resto de las formas de gobierno conocido» (Winston Churchill, en un día de lingotazo subido...): nos referimos a la *democracia*. En el bello libro de Jover, siempre aparece como la atmósfera indispensable para cualquier proyecto eu-tópico, como el único poder que merece ser generado (p.53) cual si de un *a priori* de la convivencialidad se tratara. Porque «dejar hablar al dolor es la condición de toda verdad», dice Theodor Adorno; para ello, es indispensable, obviamente, la organización de la opinión pública bajo reglas democráticas, pero también una nueva manera de expresar las demandas de los más desfavorecidos, «organizar la convivencia en paz» y, no por asaz ineludible, desilenciar las mudas injusticias de las víctimas, como aún canta Serrat, siempre por desenclavar...

Podríamos continuar comentando su poética “religiosa” de estro zambraniano, por no decir franciscano, glosar quizás la frase más rotunda del autor cuando escribe «el mejor modo de embellecer el mundo es transformarlo luchando por la justicia y la igualdad», o sus análisis a la vida dañada por el neoliberalismo pero, para terminar, preferimos redondear eso de «redes de ternura» de su provocador subtítulo. ¿Estamos ante una feminización del pensamiento? Cosa que a estas alturas de los tiempos parecería una opción sensata y hasta perentoria. Por nuestra parte, nos conformaríamos si se reactualizara ese talante *gentry* que inventara la democracia en la Inglaterra del siglo XVII, en virtud del cual el trato de confian-

za precedía cualquier aseveración como verdadera, cuando *truth* era antes que nada *trust*. En fin, un libro que debe leerse no solo para sobre llevar con dignidad estos tiempos bulímicos cuanto excrementicios, sino como praxis de acción solidaria y responsable.

Jaime Vilchis Reyes

Filósofo e Historiador de la ciencia.

Ha escrito numerosos artículos para revistas especializadas y varios libros (el último, *Del hombre que no se aburre en su habitación*, UACM, México, 2008).

NOS QUIEREN MÁS TONTOS. LA ESCUELA SEGÚN LA ECONOMÍA NEOLIBERAL

Pilar Carrera Santafé y Eduardo Luque
Guerrero

El Viejo Topo, Barcelona, 2016

158 págs.

El libro *Nos quieren más tontos* consta de cuatro grandes bloques: el modelo educativo neoliberal, desde el modelo de globalización neoliberal más general hasta el modelo español; los rasgos de ese modelo, como la estandarización educativa, lo que supone la implantación acelerada de las nuevas tecnologías, etc.; los organismos internacionales, como instituciones supranacionales, la UNESCO, el Banco Mundial, la Organización Mundial del Comercio, la OCDE y la Unión Europea; el nuevo orden educativo, y los nuevos hitos educativos, como el aprendizaje a lo largo de la vida, la economía cognitiva o la educación emocional, entre otros.

Pilar Carrera Santafé y Eduardo Luque Guerrero responden en este libro, de una manera esclarecedora, a preguntas como el porqué de los cambios metodológicos, cuáles son sus objetivos y cuáles sus resultados. Se trata de una crítica al neoliberalismo, un modelo que

parte de lo que hay que saber hacer para dar respuesta a la demanda del mercado para satisfacer sus necesidades. Por tanto, lo que modifica la enseñanza poco tendría que ver con la pedagogía y mucho con los organismos que controlan hoy el rumbo económico global. Primero la economía, después la escuela. La adaptación de la escuela a un sistema económico que sirve a los poderosos y explica la dificultad para distinguir entre los aspectos teóricos y las consecuencias prácticas. Por ejemplo: la educación basada en competencias, ¿pertenece solamente a la pedagogía o es una consecuencia impuesta por un sistema económico donde predominan los malos empleos?

Christian Laval plantea en su libro *La escuela no es una empresa. El ataque neoliberal a la escuela pública* que las escuelas se han convertido en empresas que prestan servicios, y que se asiste al desarrollo de un nuevo modelo basado en tres principios: la competitividad, la eficacia y la rentabilidad económica. Lo que está claro es que el modelo neoliberal se ha impuesto y, por tanto, se hace imprescindible que los sistemas de enseñanza se orienten hacia la creación de espacios donde asegurar ventajas formativas.

El primer bloque aborda el modelo educativo neoliberal. Varias crisis sucesivas explican el proceso de desarrollo de la globalización —como la crisis del petróleo o la “burbuja inmobiliaria”, entre otras— y, por ello, seguimos en la actualidad en un proceso de reconfiguración económica surgido de la crisis de los años setenta que seguimos intentando solucionar.

El neoliberalismo es neoconservadurismo, y la educación siempre estuvo en el punto de mira de las ideas neoconservadoras. Asumir ese modelo neoliberal tiene graves consecuencias, ya que conlleva implícitamente las dificultades o imposibilidades para la construcción de sociedades democráticas que parten de un modelo de participación social, donde la equidad siempre está por encima del concepto de rentabilidad político-económica, y donde la ciudadanía queda a merced de los poderosos. Por tanto, el

debate actual en torno al papel de la educación se encuentra en la dicotomía entre la educación al servicio de la economía o la educación al servicio de la sociedad y la cultura.

En España, en cuanto a la educación se refiere, nos encontramos ante una difícil tesitura que es el abandono de la escuela pública por parte de sectores sociales populares junto con la aparición de un pensamiento único educativo. Algunos aspectos de este pensamiento único serían: sustitución del conocimiento y del esfuerzo de cualquier proceso de enseñanza-aprendizaje por las TIC; el traspaso de la barrera entre lo público y lo privado, e instituciones privadas: quieren formar a sus propios docentes; o el hecho de que el Estado deje de concebir la educación como un servicio público. El debate educativo se ha convertido en un campo de batalla de partidos políticos por la crisis permanente ante una avalancha legislativa: dos leyes con UCD, cuatro con el PSOE, y dos con el PP.

Distingsuen nueve rasgos básicos del modelo de escuela neoliberal: la estandarización educativa (en nuestro país recogido como “Objetivos Generales de Enseñanza”), el desarrollo generalizado de indicadores de competencia (evaluación educativa), la implantación acelerada de las TIC, la descentralización (se favorece la privatización encubierta de la gestión), las reformas financiero-dependientes, la libre elección de centro, la eficacia gestora, la flexibilidad (como adaptabilidad al entorno) y el aprendizaje a lo largo de la vida (en el sentido de esa adaptabilidad al mundo laboral cambiante para seguir siendo “productivos” y “maleables”).

El segundo bloque nos sitúa en la influencia de los organismos internacionales, instituciones como la UE, FMI o ERT en el diseño del modelo educativo europeo. Se abandona una época de masificación escolar y se entra en la fase de la mercantilización educativa. Los cambios se suceden rápidamente: desarrollo de un currículo por competencias, descentralización, potenciación de la autonomía de los centros, introducción de la evaluación, uso masivo de las tecnologías

de la información y la comunicación (TIC), etc. En general, se aprecia un intento por adecuar profundamente la escuela a las exigencias de una economía capitalista. Algunos organismos como la UNESCO pueden tener una perspectiva más humana, con grandes objetivos, pero su presupuesto es escaso –ahora un 70% procede del Banco Mundial. En el capítulo 4 afirman que el Banco Mundial, por su capacidad financiera y su influencia política, determina la orientación de la educación en este siglo, siendo el mayor proveedor de recursos educativos.

A su vez, la OCDE es la principal responsable de haber introducido el concepto de “enseñanza para toda la vida” en el contexto educativo internacional, en el que la calidad educativa responde al discurso de la lógica mercantilista. Y la ERT publica documentos donde se contempla la educación como una inversión estratégica para el éxito empresarial. Además, se ofrece un largo recorrido de leyes, acuerdos, hechos e influencias de estas grandes instituciones internacionales.

El tercer bloque nos da las claves de un nuevo orden educativo. Aborda conceptos banalizados y que ocultan concepciones dispares como las de capital humano y economía cognitiva. Y, por último, el cuarto bloque aborda y nos sitúa en los nuevos hitos educativos. El aprendizaje a lo largo de la vida, la fiebre evaluadora, el desarrollo de las TIC, la innovación, la educación emocional... Serán los nuevos hitos esenciales del proceso. El aprendizaje a lo largo de la vida, como se mencionaba anteriormente, para poder seguir siendo productivos y empleables (en palabras de Jacques Delors como formulador del término). Los conceptos de calidad y evaluación se han instalado en el centro del modelo teórico: es necesario que sean cuestionados y no directamente asimilados por el sistema, para que no quede relegado el valor del aprendizaje y lo único que interese sean los resultados escolares. Se habla de “mejorar la calidad educativa” y eso nadie lo discute, pero es fundamental definir con precisión los objetivos finales del proceso, además de tener en

cuenta los procesos subjetivos del conocimiento y no solo lo observable. En cuanto a las TIC, no se trata de negar su utilidad sino de analizar los valores y las funciones que se le suponen teniendo en cuenta que no son instrumentos neutrales, sino que se dirigen a la reestructuración económica sin atender apenas a sus repercusiones sociales. La educación emocional, siempre para bien teniendo en cuenta que el fin es alcanzar un mayor bienestar personal y social, teniendo el cuidado de que no se utilice para culpabilizar al individuo atribuyendo causas endógenas a lo que es exógeno. En cuanto a las competencias educativas, más de lo mismo: algo fundamental desde lo pedagógico, pero con el riesgo de que sea la preocupación mercantilista la que las defina. Será importante ser conscientes de cómo pueden minar todos estos aspectos a la institución escolar al destruir los fundamentos históricos de su legitimidad y no olvidar la implicación moral y política de la actividad de enseñar.

Nos quieren más tontos: el título del libro parece que ya lo dice todo. Un libro que ayuda a abrir los ojos, para ver quizá lo insoportable de ver, y de ser conscientes del modelo educativo que se plantea como consecuencia del ataque neoliberal al Estado del Bienestar. Tan necesario para que toda la comunidad educativa nos pongamos a reflexionar y a actuar al respecto. Pilar Carrera y Eduardo Luque nos ofrecen enriquecedoras propuestas y sugerencias para pensar sobre lo que podemos hacer.

Ana del Pozo Palomo
Área Educativa de FUHEM

PARA UNA LECTURA RADICAL DE LA CONSTITUCION DE 1978

Fernando Oliván

Escolar y Mayo, Madrid, 2016

192 págs.

«Nuestra desgracia es haber nacido en un tiempo maldito donde todo lo que es viejo se hunde y donde todavía no aparece nada nuevo»

(Lamartine, *Carta a la marquesa de Raigecourt*.
19 de agosto de 1819).

Con menor carga de pesimismo, quizá por su lejanía de las posiciones románticas, Edgar Quinet se expresaba de igual forma en referencia a esa época llena de incógnitas que se abrió tras la caída definitiva de Napoleón. Las viejas seguridades se esfumaban, y lo hacían sin dejar tiempo a que naciera algo verdaderamente nuevo. Es cierto que los años que van desde 1815 hasta la Revolución de Julio constituyen uno de los momentos más abiertos de la historia moderna. Por un lado, se consolida el modelo democrático representativo tal y como lo conocemos hoy día. La escuela llamada del “doctrinarismo” pondrá unas columnas que todavía se sustentan dos siglos después. También ahí se gesta el pensamiento socialista, fruto de una reflexión sociológica también naciente en esos mismos momentos de la mano de autores como Comte o Saint Simon. Pero, y aquí radican las sombras del paralelismo al que vamos, también esa década pondrá las bases sobre las que nacerá el fascismo. Sternhell, en una obra imprescindible *—Les anti-lumières—* lo dejará bien claro, muchas de las ideas en autores como Renan o Tayne delatan ya los primeros signos de esa enfermedad del siglo XX. Hoy, a finales de 2016, la victoria de Donald Trump en las elecciones norteamericanas, ha relanzado el fantasma de los años treinta. A semejanza de ese comienzo del siglo XIX, ¿hemos abierto, también en estas dos décadas del siglo XXI, la página de un nuevo ciclo político? La pregunta se ha instalado definitivamente en el espacio de

las ciencias sociales y por ello merece una respuesta desde la política.

La obra que tenemos entre manos, *Para una lectura radical de la Constitución de 1978*, surge justamente en medio de este caldo de cultivo. Una crisis que, si bien es cierto, como hemos apuntado, se extiende por todo el mundo –y sobre todo en Europa– alcanza una dimensión especial en el caso de España. Ahora bien, y éste es el propósito principal de la obra, la respuesta que propone no se circunscribe solo al territorio de la ciencia, sino que, como proclama desde un principio, se plantea también en el espacio de la acción. Es decir, estamos ante una obra confesadamente política.

Es cierto que la edición, en el campo de las ciencias sociales, nos tiene acostumbrados a una radical separación entre el trabajo específicamente científico y la obra divulgativa (y aquí incorporaría todos esos textos, más o menos de “autoayuda”, dirigidos a las masas). La obra presente viene, sin embargo, a romper esta taxonomía. Estamos ante otra cosa, no es en absoluto una lectura “divulgativa” del texto constitucional, reducida su densidad para el fácil acceso de un público no experto. Todo lo contrario: la obra ahonda en las grietas y matices del texto constitucional hasta dejarlo descarnado. En algunos puntos estamos ante análisis y preguntas que deberán ser resueltos por la doctrina y que obligarán a sesudos estudios. Sin embargo, su lectura es fácil y ágil, con una voluntad de llegar a toda clase de lectores: es decir, al gran público. La clave está en la auténtica naturaleza de este texto. Me atrevería a ponerlo en paralelo a esos otros textos que, de una forma u otra, se han adentrado en la vida social y han sido capaces de transformarla. No hablo de grandes obras, más bien pienso en pequeños libros, verdaderos panfletos, obras como: *¿Qué es el Tercer Estado?*, *El Manifiesto comunista*, o *La conquista del pan*, por citar los casos más ilustres, con los que se producen verdaderos cambios de rasante en el pensamiento político. Es lo que, en una terminología de los años ochenta, se denominaba obras de “intervención”, es decir, esos

textos que, arrebatando las claves científicas del pensamiento del momento, lo ponían patas arriba, de cabeza, obligando a ese cambio de paradigma que tan magistralmente analizó Thomas S. Kuhn en *La estructura de las revoluciones científicas*. Esta lectura radical de la Constitución Española nos obligará, a partir de ahora, a leer de otra forma el texto de la Constitución. La Española y las otras.

Ahora bien. El libro no viene solo a romper esos secos moldes que han condicionado el proceso del estudio constitucional. Como ya hemos anotado, la obra se instala específicamente en un momento muy concreto: esa crisis que no cesa y que sacude Europa y el mundo. Y esta es su verdadera razón de ser. ¡Cuidado!, no porque sea coyuntural o haya sabido leer los gustos y deseos de un público concreto. Como hemos dicho, el libro está lejos de ese género de la divulgación. Su cercanía a la realidad social de estos años de comienzo de siglo se proyecta como un acto de lucha. Como hemos dicho, estamos ante un libro de acción,

En definitiva, estamos ante un breve ensayo, que es también una obra de intervención netamente política, lo que el propio autor no duda en definir como un panfleto; eso sí, un panfleto bien armado. Un panfleto que, como nos dice en una de sus páginas, rompa con las exigencias de tanto teólogo-jurista que ha venido a secuestrar, como si fuera un texto sagrado, la inmediatez del texto constitucional. Por eso nos propone una lectura directa, sin intermediarios, donde reaparezca el verdadero valor de la Constitución de 1978. Para ello, el libro parte de un supuesto básico: la Constitución no es un texto intocable que tengamos que acatar religiosamente en los términos en los que fue redactado durante la Primera Transición. Y aquí esa adjetivación no resulta neutra, pues frente a los acontecimientos que circundan 1978 resulta ya imprescindible –esta es la parte política de la obra– abrir una Segunda Transición.

Dos tiempos. Uno sobre los que se levantó el proyecto de cambio tras la muerte del Dictador y, otro, en estas décadas tras el cambio

de siglo. Por eso el autor nos propone un recomenzar la marcha, nuevamente sin miedo y sin ira, para alcanzar una nueva Transición en ese inacabado –por definición– camino a la democracia. Lo que resulta asombroso, ese es el valor de la lectura radical: es que nada de todo esto es realmente nuevo. He ahí la eficacia de una lectura que quiere llegar hasta el mismo núcleo del texto constitucional, pues todo esto ya quedó escrito en el mismo texto de 1978: la Constitución se presenta así, parafraseando a Celaya, como un arma cargada de futuro.

Cuando Sieyès se preguntaba, recogiendo el título de aquel formidable opúsculo, *¿Qué es el Tercer Estado?*, rompía radicalmente con el uso de las palabras y conceptos a lo largo de todo el *Ancien Régime*. Con ello, su obra trascendió ese nivel, el de la ciencia, para adentrarse en el mundo de la acción. Me atrevería a decir que es ahí, con esa publicación, cuando las revueltas que incendiaban el *faubourg* de Saint Antoine en París se convirtieron definitivamente en la Revolución Francesa.

Finalmente, una nota sobre el autor de este magnífico libro: Fernando Oliván, es profesor universitario, investigador, escritor, así como sujeto activo de la vida institucional. Ha trabajado en numerosos proyectos de cooperación jurídica tanto en el espacio mediterráneo como en América Latina. Fue presidente del Foro Hispano Marroquí de Juristas y trabajó en el establecimiento de la Corte Internacional de Naciones Unidas, siendo por designación de la Secretaría General uno de los tres miembros de la asistencia jurídica. Si no quiere perderle la pista, en www.elcandelero.es encontrará sus reflexiones sobre la actualidad política y social.

Arturo Luque González,
Doctor en ciencias jurídicas y sociales
Universidad Tecnológica de Indoamérica
(Ecuador)

EL TAO DE LA LIBERACIÓN. UNA ECOLOGÍA DE LA TRANSFORMACIÓN

Mark Hathaway y Leonardo Boff

Trotta, Madrid, 2014

De manera casi simultánea, me he encontrado con tres libros que se caracterizan por su visión compleja, a la par que minuciosa, de la historia y del devenir humano.

El más reciente de ellos, *De animales a dioses. Breve historia de la humanidad* (2015) de Yuval Harari, es un libro que destaca por sus matices irónicos, por su visión desencantada de la especie *sapiens* que, de ser “un animal sin importancia”, ha llegado a dominar su entorno, ha construido imperios, generado redes comerciales globales, establecido y difuminado por el planeta religiones que han llevado a la cada vez mayor homogeneidad del ser humano que puebla la tierra. Según Harari, si bien es cierto que la revolución científica ha conseguido que los humanos actuales sean técnicamente más poderosos que nunca, también lo es que los innegables progresos que *Sapiens* ha conseguido para sí no han contribuido a reducir el sufrimiento de los *sapiens* individuales y tampoco han tendido al mayor bienestar de otros animales siendo, por el contrario, que la situación de éstos se deteriora de manera vertiginosa. En pocos milenios –dice Harari– *Sapiens* se ha convertido en el amo del mundo y en el terror del ecosistema a la vez que, bordeando la *singularidad tecnológica*, apunta a convertirse en dios, capaz de la creación tanto como de la destrucción. Dioses sí, pero insatisfechos.

Por su parte, tanto *El Tao de la liberación* (2009) de Mark Hathaway y Leonardo Boff, como *Cosmos y Psique* (2006) de Richard Tarnas, los otros dos libros, parten de un diagnóstico común: el agotamiento del *yo* moderno y la intuición de que nos encontramos en un particular y convulso momento de la Historia que tiende a la transformación fundamental de los

supuestos de nuestra cosmovisión. Estos dos textos apuestan por vislumbrar un futuro distinto, por constituir nuevas cosmologías; eso sí, apoyados en cimientos distintos.

Hathaway y Boff sientan su «cosmología liberadora» en una diversidad de conocimientos provenientes de la biología, la física cuántica, la teoría general de sistemas, la psicología, la economía... Y apelan a la lectura transversal, mejor sea decir, paralela, de varias vertientes filosóficas y religiosas, en particular, el taoísmo, el budismo y la tradición judeocristiana. A su vez, Tarnas resulta mucho más arcano si se le valora desde la moderna razón occidental. En una exótica combinación de psicología transpersonal, conocimientos históricos, filosóficos, científicos y astrológicos –sí, ¡astrológicos!– esboza los supuestos y el método de acceso a una alternativa visión del cosmos y de la historia del ser humano, basada en arquetipos y en el movimiento e influencia de los cuerpos celestes. Hathaway, Boff y Tarnas, entiendo a diferencia de Harari, se enmarcan dentro de una visión “reencantada” del mundo: persiguen la configuración de cosmologías para el hombre contemporáneo, o, si se quiere, cosmovisiones que puedan arrojar nuevos horizontes de sentido. Estos dos libros, escritos en torno a la primera década del siglo XXI, se nos antojan parte de una tendencia que apunta precisamente a esto, a la configuración de nuevos relatos cosmovisionales.

La propuesta del *Tao de la liberación* resulta llamativa para aquellos que tenemos interés por el influjo de las creencias religiosas en los comportamientos cotidianos y por la traducción social de las cuestiones ecológicas. Así pues, en la búsqueda de una sabiduría que lleve a revertir los procesos de desorden y deterioro del mundo actual y que contribuya a desenmascarar el sistema patológico global que genera pobreza y desigualdad, agotamiento de la tierra y envenenamiento de la vida, Hathaway y Boff perfilan su «cosmología de la liberación» que, en términos prácticos, conduciría a una «ecología de la transformación». Con tal propósito hacen uso de ciertos textos del *Tao Te Ching*, los

cuales dan inicio y van marcando las pautas de reflexión para cada uno de los capítulos que componen su libro.

Los autores entienden el *Tao* como estructura, modo y sabiduría. El *Tao* sería tanto «el modo en que funciona el universo como la estructura cósmica que fluye y que no puede describirse, sino únicamente experimentarse. El *Tao* es la sabiduría que se encuentra en el corazón mismo del universo y que reúne la esencia de su finalidad y su dirección». (p. 21) El conocimiento del *Tao* tiene inmediatas consecuencias prácticas. El mismo libro escrito por Hathaway y Boff sería una concreción de esa búsqueda de sabiduría.

Ahora bien, si el *Tao* es el camino, la práctica de la sabiduría que lleva a la «liberación», ésta es entendida en un amplio sentido ecológico y cosmológico como «el proceso de dirigirse hacia un mundo en el que todos los seres humanos puedan vivir con dignidad y en armonía con la gran comunidad de los seres que forman *Gaia*, la tierra viviente (...) el proceso a través del cual el universo trata de realizar su propio potencial al dirigirse hacia una diferenciación, interioridad (o auto-organización) y comunión mayores» (p. 23). Diversidad y complejidad; conciencia e interiorización; comunidad e interdependencia harían parte esencial de este proceso hacia la liberación. Tal proceso estaría teniendo lugar, pero aún falta conseguir el Gran Giro –del que hablaran Joanna Macy y Moly Brown–: esto es, el cambio de una sociedad del crecimiento industrial a otra civilización sostenedora de la vida.

Con tal fin, Hathaway y Boff gradúan su análisis: parten de un diagnóstico propio de la situación actual; seguidamente apuntan a los constructos teóricos que ayudarían al cambio y, finalmente, vislumbran una nueva cosmología apoyada en los resultados arrojados por la ciencia en este último siglo. Veámoslo.

Una vez descritas las nefastas consecuencias producidas por el sistema, analizan los supuestos que lo mantienen y que pueden sintetizarse de la manera siguiente: a) el irresistible

atractivo del crecimiento económico como única herramienta para valorar la salud económica, esto es, la fijación por la ganancia y el beneficio rápido a toda costa; b) la aceptación generalizada de los pretendidos beneficios de un desarrollo deforme que endeuda a un gran porcentaje de la población mundial en desmedro de su alimentación, salud y educación; c) la sumisión a los intereses del corporativismo transnacional; d) la colonización de la vida por el dinero y, más aún, por un sistema de especulación financiera, un sistema de finanzas parasitarias que perpetúa la acumulación de valor, sin referencia a la riqueza real; e) la globalización de una cultura homogeneizadora que va en perjuicio del conocimiento local y de las sabidurías tradicionales, esto es en palabras de los autores, el «monocultivo de la mente», y, finalmente, f) la sustitución de la sabiduría por el poder como dominación, en sus vertientes más inmediatas de poder económico, tecnológico y militar.

Ahondando en la patología del sistema, concluyen que ésta ha arraigado también en la psique humana, por lo que dedican uno de sus capítulos a detallar los obstáculos que ocasionan la parálisis e impiden el cambio. Desvelan los mecanismos de la “impotencia adicional o interiorizada” y exploran los refuerzos sistémicos tales como la represión, la educación o los medios de comunicación de masas que contribuyen a fabricar nuestro consentimiento al sistema. Estos favorecerían el bloqueo de la percepción, la perpetuación de la negación, el agotamiento de la imaginación, etc. Frente a la “ecopsicosis” que desconecta y aísla de la comunidad biótica, el *Tao de la liberación* postula la ecopsicología como forma de sanar al ser humano entendiéndolo desde la óptica del yo relacional y rescatando el inconsciente ecológico o, lo que es igual, el registro viviente de todo el proceso de evolución cósmica (p. 157) que, al parecer, se conserva en nuestro inconsciente colectivo. El proceso de reconexión pasaría por recuperar la belleza, el asombro, la compasión, y por transformar las relaciones de poder, lo que implicaría el cultivo de la voluntad, la construc-

ción de comunidad y solidaridad. Es decir, transitar desde el “poder-sobre” hacia el “poder-dentro” y el “poder-con”.

Además, para socavar el antropocentrismo –y sus derivados del patriarcado y el capitalismo– proponen las herramientas teóricas de la Ecología Profunda y el Ecofeminismo. Sin embargo, aunque éstas se consideran importantes para hacer frente a la “ideología de la dominación”, no son suficientes, razón por la que Hathaway y Boff apelan a una necesaria «nueva cosmología». Se detienen en la cosmología imperante para evidenciar que al estado actual de las cosas se ha llegado tras un largo proceso que, finalmente, ha arrojado esta particular visión del mundo, en la que es posible y hasta legítimo explotar la tierra y saquear el planeta. Pero, según ellos, se trata de ir a los orígenes mismos del sistema, a la cosmovisión que ha permitido la constitución y perpetuación del mismo y otear, a la vez, una alternativa.

Así, frente a la «cosmología [o pseudocosmología] de la dominación», caracterizada por la preeminencia del materialismo científico, el mecanicismo y reduccionismo, ellos se preguntan:

«¿y si la naturaleza de la realidad fuese radicalmente diferente de lo que nos han enseñado a creer? ¿y si no viviéramos en un universo infinito y eterno, regido por leyes matemáticas y un ciego azar, sino en un cosmos que evoluciona de manera creativa, imbuido de un sentido de finalidad profundo y perdurable? ¿y si la evolución no fuera impulsada primordialmente por la implacable competición, sino más bien por la cooperación y por un impulso hacia la complejidad, y tal vez hacia la mente y la conciencia? ¿y si no existiera una división rígida entre materia, mente y espíritu, sino un íntimo entrelazamiento y entremezcla de ellos? ¿y si la relación entre causa y efecto fuese mucho más misteriosa y creativa de lo que jamás hayamos imaginado? ¿cómo podría un cambio en nuestras percepciones y creencias crear nuevas posibilidades que nunca antes hemos sido capaces de concebir?» (p. 184)

Apoyándose en estas preguntas y bajo el supuesto –tomado en préstamo a Lewis

Mumford— de que toda transformación social tiene origen en una nueva metafísica o ideología, elaboran su propuesta. Ante el cosmos eterno e inmutable y carente de finalidad de la otra cosmología, Hathaway y Boff presentan un universo muy distinto. Apoyados en recientes hallazgos de la física cuántica, proponen un mundo en el que, al menos en sentido subatómico, las cosas no existen como tales («acosicidad») sino como patrones de probabilidad. Esto, sumado a la idea de complejidad, a las teorías del caos y de sistemas, a la resonancia mórfica y la emergencia, arrojaría como resultado un cosmos caracterizado por la aleatoriedad, la indeterminación y el entrelazamiento. Un cosmos en el que, siguiendo el «principio cosmogénico» propuesto por Berry y Swimme, su dinámica particular tiende a la diferenciación, la auto-poiesis y la comunión.

En este universo, la dinámica intrínsecamente creativa se hace más palpable en nuestro propio planeta, donde la teoría evolutiva darwinista tendría que completarse con la idea de una evolución puntuada, según la cual a largos períodos de estabilidad relativa siguen períodos breves de creatividad explosiva (p. 317), y con las ideas de cooperación y simbiosis. Haciendo suyas las palabras del biólogo marino Víctor Scheffer concluyen que la evolución es en realidad coevolución y que la biosfera es una confederación de dependencias. Es más, siguiendo a James Lovelock, proponen una tierra viviente en la que la vida ha tenido una influencia muy marcada sobre aspectos no bióticos de la tierra como, por ejemplo, la atmósfera («Teoría *Gaia* débil»). Admiten entonces como válida la idea de un sistema tierra capaz de autorregularse.

La nueva cosmología comprende el universo como organismo, ya no como máquina; lo ve regido por un principio creativo, ni determinista ni aleatorio; y lo entiende evolutivo, no eterno; en el que el observador hace parte de lo observado y en el que habría un sentido: la diferenciación, la automanifestación o autoorganización y la comunión. Esto es, un cosmos que se (nos) revela y que invita a la espiritualidad, entendida

como una actitud fundamental ante la vida, como el mundo del espíritu en el que la materia y energía primigenias se relacionan y crean sistemas abiertos que forman una trama crecientemente compleja que lo sostiene todo. La aproximación mística a la realidad sería, de alguna manera, convergente con el tan discutido Principio antrópico de Brandon Carter.

De esta manera, siguiendo de cerca la propuesta de Thomas Berry y Brian Swimme, se llega a una espiritualidad para la “era ecozoica” y se concreta la «ecología de la transformación». Efectivamente, sentada tal cosmología, el texto se cierra con la aproximación a una sociedad alternativa en la que es adoptado el modelo biorregional y en la que la espiritualidad se materializa a través de cuatro vías (positiva, negativa, creativa y transformadora) y diversas sendas complementarias hacia la liberación, tales como la invocación, el vaciamiento y la potenciación creativa.

Hathaway y Boff abundan en detalles, especialmente en lo que se refiere a la constitución, a través de una multiplicidad de disciplinas científicas, de su nueva cosmología. Este es sin duda uno de los apartados más atractivos de su libro. Aunque hacen uso de tesis discutidas e incluso no aceptadas dentro del estamento científico, así la de los campos mórficos, la teoría *Gaia*, o los denominados Principio antrópico y cosmogénico, su particular síntesis de ciertas áreas científicas resulta provocadora. Su intento es arriesgado. No resulta nada fácil hacer el transvase de ciertos postulados admitidos científicamente al ámbito social. He aquí la complejidad y el peligro de la ciencia y la ecología convertidas en ecologismo. Además, Boff y Hathaway construyen su cosmología buscando un resurgimiento espiritual, para el que, sin duda, parten de una particular opción ideológica y creyente.

En suma, en el texto, destacan los apartados que tienen que ver con el diagnóstico del sistema, sus supuestos y consecuencias, así como aquel en el que caracterizan la cosmología imperante. No son nada desdeñables los

esfuerzos de hacer converger los supuestos místicos del budismo y la tradición judeo-cristiana; la cuidada selección de los textos del *Tao Te Ching* y las reflexiones hechas a partir de los mismos. La presentación de la Ecología profunda, el Ecofeminismo y el Biorregionalismo resultan, igualmente sugerentes. Queda por verse si la intencionada convergencia entre ciertos datos de la ciencia y el misticismo que rezuma todo el texto de Boff y Hathaway, consigue vencer el necesario escepticismo, al que se refiere Tarnas –haciéndose eco de Jorge Santayana– como la castidad del intelecto.

Margarita Suárez
Madrid